

El belén, para vivir la Navidad

Enric Benavent
Albert Dresaire



Emaús 68

Enric Benavent
Albert Dresaire
(*Coordinadores*)

El belén, para vivir la Navidad

Colección Emaús 68
Centre de Pastoral Litúrgica



CENTRE DE PASTORAL LITÚRGICA
Rivadeneyra 6,7. 08002 Barcelona

Este libro ha sido promovido
por el Colectivo Belenista
“El Bou i la Mula”



*No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier
procedimiento sin la autorización escrita de la editorial.*

Ilustración de la cubierta: Montserrat Cabo

Primera edición: septiembre del 2005

ISBN: 84-9805-073-1

D.L.: B - 21.222 - 2005

Imp.: Multitext, S.L.

SUMARIO

El belén, para todos	7
Para dar más sentido a la Navidad	21
El belén desde la nada	24
Que la Navidad sea más Navidad	27
Diez años de belén	29
Dios nace también en nuestra casa.....	32
El belén en la plaza del pueblo	35
El belén nos humaniza	38
Una mezquita en el belén	41
Construimos el belén dentro de la misa del gallo	44
La enseñanza del belén	48
La dimensión afectiva del belén	52
Dios ha plantado una tienda entre nosotros	55
En la colonia de Santa María, en México	58
Historia de un pesebre hospitalario	61
Navidad en un Carmelo	63
Vivir el pesebre desde el corazón de África.....	65
Recuerdos de la ternura de la Navidad	69
Cuando hago el pesebre me parece rezar	74
Plantada del pesebre en la ermita de san Mateo	76
El pesebre del barrio	79
Vivir solo	82

Recuerdos de la ternura de la Navidad

Una Navidad, en una residencia para gente mayor, en Mataró, un grupo de abuelas hicieron el belén con el equipo del centro. Para empezar, establecieron una conversación sobre los recuerdos que cada una de ellas tenía del mismo: cómo lo hacían de pequeñas, recuerdos personales, tradiciones locales... Después pusieron encima la mesa todas las figuras del belén (exceptuando las de la Sagrada Familia), y cada una de ellas escogió una, explicando el motivo de su elección. La actividad se ambientó con el villancico popular *Las figuras del Belén*, y esto permitió comprobar que no se disponía de muchas de las figuras de las que hablaba la canción. A la mañana siguiente se presentó un librito en el que se recogían las explicaciones que cada abuela había dado sobre la figura escogida. Y finalmente, como culminación de la experiencia, se construyó el belén de la planta, para lo cual se contó con la colaboración de un miembro de la Asociación de Pesebristas de Mataró.

Esta experiencia alrededor del pesebre la diseñó el equipo de la residencia e iba destinada a personas mayores con demencias leves. Aquel trabajo se convirtió en un instrumento para la estimulación del recuerdo. Mediante aquella actividad, se pretendían diversos objetivos. Por una parte, socializar a la persona mediante un grupo de conversación, trabajando la memoria emocional; por otra parte, orientar a la persona en el tiempo y estimularle la memoria y los sentimientos. La experiencia pretendía, en definitiva, trabajar la reminiscen-

cia, es decir, la capacidad de recordar a partir de objetos que ayudan a disparar el recuerdo. Se quería potenciar la memoria personal y la memoria emocional a partir de las figuras del belén, y con la técnica del grupo de conversación (técnica que permite trabajar otros aspectos, como el lenguaje y la socialización). En el momento de elección de las figuras, por ejemplo, se ejercitaron aspectos cognitivos como la atención y la capacidad de reconocer.

Celebrar la Navidad en una residencia de gente mayor puede ser una actividad llena de sentido, también de tristeza, llena de emociones que son lo que, al fin y al cabo, nos hace sentir vivos y bien vivos. Dentro de la tradición de la Navidad, todos alguna vez hemos hecho el belén. Aquellas figuritas que nos permitían humanizar un rincón del comedor, hacer visible un rincón con figuras que son a la vez estáticas y dinámicas; figuras que andan hacia el portal con una actitud sencilla y humilde. Aquella humildad de ponernos a “adorar” la vida más comprometida.

Imaginaos en una residencia, donde las personas mayores, a menudo lejos del calor de la familia más próxima, viven el hecho de hacer el pesebre: llenar un rincón de la sala con unas figuritas que les transportan a otros momentos, quizás más felices, en los que por Navidad hacían el belén cerca del hogar, bajo la alacena o sobre el mueble del comedor.

Para todas las abuelas que participaron, construir el belén significaba una pequeña historia de vida, sin importancia aparente, pero llena de significado personal para cada una de ellas.

¡Qué fácil hubiera sido que lo hiciera yo, sin consultar! Hubiera quedado quizás más estético, pero totalmente muerto, sin vida, sin la ilusión casi infantil de intentar poner los corchos de una u otra manera, activando recuerdos, haciendo uso de unas manos llenas de arrugas, manos que ya han perdido la confianza en ser hábiles. Armar el pesebre es una actividad que nos despierta la ilusión más infantil y el respeto más profundo, como si quisiéramos preparar también en nuestro interior un rincón para acoger.

El olor del musgo, verde y húmedo entre las manos, nos llevó a revivir los primeros recuerdos de la infancia. Una infancia más o menos feliz, que se abre desde un anecdotario personal vivido desde el pesebre. Empezamos a hablar de las Navidades, de los reyes, de las muñecas, las peponas, que las llevaban a las casas de la gente pobre. Alguna empezó a cantar un villancico...

Más tarde empezamos a buscar las figuras. Descansaban en unas cajas de cartón. Eran unas figuras humildes, de plástico, alguna un poco mellada, ya envejecida de otros años de estar en el belén. Las cajas se fueron abriendo, con unas manos ya cansadas y llenas de surcos de la experiencia. Manos trémulas o firmes, llenas de historias, que iban abriendo cajas, apartando las envolturas de protección, desembrollando papeles... con inusitada sencillez y delicadeza.

Estas manos que días atrás estaban caídas, sin nada para hacer, se empeñaban en tratar a las figuras con toda la ternura que pueda haber en el mundo. Y es que las figuras, aunque de plástico, despiertan la ternura de la Navidad, despiertan la vivencia del recuerdo, la vivencia de prepararse para acoger.

Todos estábamos a la expectativa de las figuras que iban saliendo. ¿A ver qué sacamos ahora? Al rato ya teníamos dos pastores, la hilandera, una pastorcita con un cesto de naranjas, una lavandera, un pescador, más pastores, los tres reyes con sus camellos y pajes, ya cansados de deambular por el desierto, el buey, la mula, corderos, ovejas, gallinas... pero faltaban las más importantes: la Virgen, José y el niño Jesús; después de abrir todas las cajas, no salían por ningún lado.

Lo que pasaba era que con el equipo de trabajo habíamos guardado aquellas figuras para poder hacer una actividad de historia de vida construyendo el pesebre. Si estas figuras hubieran estado presentes desde el primer momento, las demás habrían perdido importancia, todos hubieran querido o bien ponerlas, o bien tenerlas. El hecho de tener que ir a buscarlas supuso que no le habían tocado a nadie al abrir las cajas, y por lo tanto, nadie era más importante que otro a la hora de poner las figuras.

Una vez construido el nacimiento dentro de la cueva, empezamos lo que yo llamaría un “belén vivido”. Pusimos las figuras en una bandeja e invitamos a las abuelas a reconocerlas. El siguiente paso fue pedirles que cada una eligiera una de las figuras para ponerla en el belén, que les llevara algún recuerdo. Después de explicarlo y de poner algún ejemplo empezamos diciendo : “Yo cogería esta figura porque me recuerda aquel día en que....”

La Sra. Dora, que siempre había vivido en Valencia, cogió la pastorcita del cesto de naranjas. Explicaba que en su tierra había muchas naranjas y que quería poner aquella figura porque al ponerla sobre el musgo le recordaba el techado de la barraca de los suyos. No nos habló del pesebre sino de Algaida, un pueblo que antes era pequeño, con barracas blancas que habría podido ser un pueblo de pesebre, pero que ahora era ya más una ciudad que un pueblo. Le preguntamos si sabía algún villancico que quisiera cantar: “Los peces en el río” salieron a escena, quizás no con una armonía muy afinada, pero creo que muy alegre. Ayudamos a la Sra. Dora a poner la pastorcita ante la cueva.

La Sra. Pepita eligió el buey y la mula: “ ¡Yo siempre he sido de campo! Ahora me acuerdo una vez que el buey que teníamos enfermó...” Las historias, la memoria, empiezan a soltarse y a correr, los pensamientos empiezan a dibujarse, siguen caminos de historias personales, de “batallitas” de personas mayores que aún dan sentido a la identidad, que fijan los referentes personales, que dan sentido a una vida única. “El noi de la mare” emerge desde una voz trémula...

La Sra. María cogió la vieja hilandera: ella había sido remalladora en una fábrica textil. La hilandera le lleva a explicar cómo era la fábrica, y a hablar de otras señoras que también son ahora residentes. La historia personal y el pesebre van tomando cuerpo, se complementan. “El tamborilero” nos pone aún más en ambiente navideño.

La Sra. Remedios escogió los tres reyes, con sus pajes y camellos y nos habló de las “peponas”, muñecas de trapo

y cartón que costaban diez reales. Los Reyes de cada año, cuando ella era pequeña, eran una “pepona”: “En casa no daba para más, ¡pero lo recuerdo con un cariño...! Los Reyes, los juguetes, la ilusión de la Navidad, la sorpresa en la cara de los niños, muchos recuerdos se mezclan con el “Chiquirritín”, otro villancico bien conocido.

Acuerdos y recuerdos hacen que una actividad como hacer el pesebre no sea sólo poner unas figuritas adorantes, sino toda la historia personal de los recuerdos concentrados en una figura de plástico que hará bonito estos días de Navidad.

La Sra. Paquita se rió socarrona y dijo: “Pues yo pondré el *caganer*, porque soy muy catalana y el *caganer* es una figura muy nuestra”. Y nos explicaba risueña que en casa siempre se peleaban para poner el *caganer*, y que hacían mucha broma. La Sra. Paquita dijo que ella cantaría “el Rabadà” y nos dijo que en Piera, donde nació, había hecho teatro y representaban los pastorcillos. Ella siempre hacía de pastorcilla, pero le hubiera gustado hacer de Virgen María.

La Sra. Pilar estaba muy indecisa, no sabía qué coger, ella hubiera cogido también la hilandera, ya que siempre había hecho camisas y las planchaba, las dejaba estibadas y sin una arruga. ¡Mira qué casualidad! Tenemos más de una hilandera. El pesebre tiene un rincón de hilanderas.

La Sra. Carmen y la Sra. Araceli dijeron que un pesebre sin pastores no era un pesebre. Ellas no tenían ninguna relación con el mundo de los pastores, pero, ¿qué sería de un pesebre sin pastores? Las dos cogieron unos cuantos y los pusieron sobre el musgo.

Musgo, corcho, canciones, recuerdos, acuerdos. A veces un pesebre es un cúmulo de historias que acompañan, desde la sencillez, aquellas figuras que nos llenan de ternura cada Navidad.

Quico Mañós